

La historia entre los tiempos

Domingo PLÁCIDO SUÁREZ

“¿Cómo que ‘para qué?’ Esa pregunta no tiene nada de humanista”
Thomas Mann, *La montaña mágica*

Poco antes de su muerte, en una de nuestras últimas conversaciones, cuando estaba reciente la publicación de su artículo “Tiempo y tiempos para la Historia Antigua”, en *Gerión*, 18, 2000, en que comentaba, con la agudeza y profundidad que lo caracterizaba, algunos aspectos de mi libro *Introducción al mundo antiguo. Problemas teóricos y metodológicos*, Madrid, Síntesis, 1993, Juan me propuso que continuara las reflexiones allí contenidas sobre el tiempo histórico. No podré nunca saber si estas líneas le hubieran satisfecho, pero yo deseo continuar en monólogo uno de los temas de reflexión que constituían un permanente objeto de nuestras conversaciones.

Las sociedades se desenvuelven en el tiempo y sólo es posible la aproximación para percibir sus rasgos definitorios a través del tiempo, del tiempo de las sociedades y del tiempo del observador. Ello requiere un esfuerzo por llegar a percibir las características del tiempo como factor determinante del desarrollo social. La comprensión del tiempo, sin embargo, choca con la capacidad de expresión por medio del lenguaje, que lleva consigo una forma de sucesión diferente a la de la realidad. Pero el lenguaje es la conciencia del tiempo¹. El tiempo sólo se expresa en el lenguaje, aunque éste posee un ritmo diferente. La aspiración última del lenguaje es atrapar la realidad e intemporalizarla. Este rasgo se agudiza en el lenguaje escrito. El tiempo se manifiesta en el lenguaje, pero éste tiende a crear realidades estáticas. Se trata de un plano parecido al de la música, imposible de expresarse en el lenguaje, seguramente por el mismo carácter dinámico que caracteriza al tiempo y a la historia en el tiempo, al desarrollo temporal de las sociedades humanas. La dinámica interna del tiempo histórico y la del tiempo del historiador adquieren su mayor expresión cuando se relacionan entre sí y el historiador en su dinámica temporal trata de comprender la dinámica temporal del pasado.

Muchas veces el problema estriba en averiguar lo que la memoria ha olvidado, no sólo por callarlo, sino por recordarlo como sometido a una “lógica histórica” coherente y comprensible en nuestro tiempo. El problema de la historia está muchas veces en relegar el pasado al pasado², en el abuso de la alteridad, del extrañamiento

¹ D. JANICAUD, *Chronos. Pour l'intelligence du partage temporel*, París, Grasset, 1997, p. 67.

² N. CASULLO, *Modernidad y cultura crítica*, Buenos Aires, Paidós, 1998, p. 180.

a partir del conocimiento, no sólo por el desconocimiento, como si la historia hubiera cesado por el hecho de plasmarla en la escritura. El olvido del pasado dramático define los rasgos del tiempo actual, de la democracia actual³. El problema se manifiesta también en el modo de clausurar el pasado, que puede olvidarse o banalizarse, o asumirse por sus mismos protagonistas, como hace hoy la derecha con la época franquista, como si les fuera algo ajeno. Da la impresión de que todo el mundo estaba en contra. Eso no quiere decir que no sea falsa la teórica unanimidad con que jugaba el régimen. La transición pacífica favoreció la integración de quienes habían estado integrados en el régimen anterior. Ello porque, al no haber ruptura, se han suturado las diferencias, factor al que colaboró el PSOE, durante el primer período de gobierno, aunque hoy pretenda recuperar sus posiciones antifranquistas. Como no hubo ruptura, sino la sensación de que no había habido fascismo, para poder no romper, ya se dice que eran ellos mismos los que querían cambiar. Cuando ellos quisieron cambiar, cambiaron como quisieron. De este modo, puede decirse que ha cambiado la política, pero no ha cambiado la sociedad con respecto a la que aparece en la serie televisiva *Cuéntame*. Sería mejor saber cuáles eran las bases sociales y económicas del franquismo para poder comprender lo que ha cambiado y lo que no y saber cuáles son las bases sociales y económicas del régimen actual. Aparece como el cambio que se ha producido para que nada cambie. Es evidente, en los momentos más recientes, que el intento de recuperar la memoria de los vencidos ha provocado una reacción militante que está descubriendo cuáles eran las bases sociales del franquismo y las pocas diferencias que existen con las bases de los grupos políticos actuales de la derecha. Todo el revisionismo se basa en el ocultamiento de estas bases, como si los conflictos ocurridos entre el 31 y el 36 no correspondieran a un duro enfrentamiento social. El tiempo puede aprovecharse como instrumento para el olvido o la tergiversación de la realidad.

El pasado tiene que conservarse como pasado y recordarse como pasado. La única presentificación posible en los estudios históricos consiste en aplicar al presente la capacidad de análisis de los estudios sobre el pasado y dar vigencia actual a las experiencias pasadas. La historia no puede consistir en alienar el pasado, por muy lejano que sea, ni en verlo como si se tratara del presente, con los ojos con que se observa el presente. Se trata de verlo como pasado con los ojos del presente.

La naturaleza del conocimiento histórico, en que sólo se conoce una realidad a partir de otra situada en un contexto cronológico diferente, induce fácilmente a entender las realidades pasadas desde parámetros presentes, con lo que se producen frecuentes anacronismos, como el de imaginar las relaciones de producción antiguas con las claves intelectuales del mundo capitalista. Frente a ello se proclama la pretensión de conocer cada acontecimiento o situación en su propio contexto, pero también existe, desde Croce al menos, la convicción de que el hombre sólo puede comprender aquello que experimenta y de que, por tanto, el conocimiento histórico estará siempre condicionado por las experiencias presentes. Grandes esfuerzos se hacen recientemente por comprender el pasado en su alteridad, es decir, como perteneciente a un mundo radicalmente “otro”, distinto al presente incluso en sus presupuestos

³ CASULLO, p. 182.

elementales, pero sólo comprensible desde el presente. En su peculiar situación entre pasado y presente, el historiador siempre se enfrentará a un dilema insalvable entre la diferenciación de los tiempos y la identidad de la naturaleza humana a través de la historia, lo que sin duda presenta el riesgo del anacronismo o de seccionar el decurso del desarrollo de la humanidad hasta llegar a crear la falsa imagen de que el presente surge de la nada con características autónomas y de que en la historia de la humanidad no hay cambio, sino secciones desintegradas. Por eso cabe la alternativa de hacer presente el pasado, para, de manera consciente, comprender el pasado con las posibilidades intelectuales del presente. Éste es también el que despierta el interés por el pasado. De ese modo se puede hallar el significado del pasado⁴. Comprender cuál es el presente en que cada momento pasado se convierte en un problema especialmente significativo, lo mismo que cuál es el pasado interesante en cada momento del presente. La esclavitud antigua sólo se hace significativa en la época del debate abolicionista, con Wallon, y la democracia ateniense en el parlamento inglés de la época imperialista, con Grote. El presente permite plantear el problema para entenderlo en sus condiciones y que se haga presente como parte de los problemas del presente, entendido como resultado de la Historia pasada que sirve para comprender el presente. Pensar la democracia es pensar los conflictos que contiene. Pensar la esclavitud es pensar la explotación del presente, sin limitarnos a conmemorar la abolición. En el presente se tiende a idealizar el pasado y eliminar la conflictividad. Por eso se trata de hacer historia para el presente, para comprender la conflictividad y el dinamismo del presente. Todo el pasado se convierte así en problema del hombre de hoy. Cuál es el pasado que en cada presente se hace significativo. En definitiva, comprender históricamente es comprender en el tiempo⁵. Por eso no se trata de acercarse al pasado a través de una “máquina del tiempo” como en la ciencia ficción, sino con los instrumentos del historiador que, desde el presente, selecciona, establece simultaneidades y cambios de escala⁶. El historiador no va al pasado a contemplar lo que se le ofrece, sino que selecciona desde el presente el tema y los problemas que le interesan. Sólo el historiador puede establecer simultaneidades interpretativas entre acontecimientos de diferentes épocas o formas de relación social de diferentes sociedades, lo que hace del pasado un objeto de reflexión sometido a los intereses del presente⁷, porque es a nosotros a quienes interesa comprender las similitudes o diferencias entre la esclavitud en la democracia ateniense y la república romana, o las diferentes formas de etnicidad, entre Grecia y la Península Ibérica prerromana por ejemplo. También desde el presente se puede combinar la microhistoria con la macrohistoria, la anécdota de Aristides y el campesino analfabeto con la función del ostracismo dentro de una sociedad en que domina la aristocracia evergética como riesgo de tiranía, para evitar el puro anecdótico o la especulación. Los mecanismos intelectuales derivados de la observación crítica del

⁴ F. HARTOG, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003, p. 155.

⁵ W. BENJAMIN, *Sul concetto di storia*, G. BONOLA, M. BANCHETTI, eds., Turín, Einaudi, 1997, p. 53.

⁶ J. L. GADDIS, *The Landscape of History. How Historians Map the Past*, Oxford University Press, 2002, p. 22.

⁷ J. L. GADDIS, *The Landscape of History. How Historians Map the Past*, Oxford University Press, 2002, p. 24.

presente permiten comprender mejor las relaciones entre el acontecimiento y los fundamentos de la interpretación global de una época, sin necesidad de establecer paralelos banales.

Es necesario intentar captar intelectualmente las características del tiempo, los modos en los que desaparece lo que parecía estable o se consiguen los fines que se deseaban o a los que se aspiraba. La imagen de lo deseado y la de lo alcanzado varían radicalmente. Existe una profunda diferencia entre lo realizado y lo esperado o temido. Analizar el pasado es analizar el tiempo en que no existía lo que existe en el presente, pues ante ello funcionaban sentimientos distintos a los que la misma realidad puede provocar en el presente. El mayor esfuerzo intelectual consiste en percibir los momentos del pasado como si no existiese el futuro de ese pasado que para nosotros es conocido. La visión del postfranquismo desde el franquismo era diferente a la que se tiene en el postfranquismo. Para el análisis del pasado es necesario hacer el esfuerzo de comprender lo que no existía de todo aquello que en el tiempo presente forma parte de la normalidad. La percepción de la lucha por el cambio pierde intensidad cuando se ha producido dicho cambio. Las expectativas no obtienen en el tiempo una respuesta perfecta. En la Antigüedad no existían los supuestos adquiridos tras la Revolución Francesa, ni siquiera los adquiridos tras la expansión del Cristianismo. Si se pretende explicar el comportamiento del pasado a partir de parámetros que sólo existen desde las épocas posteriores no es posible entender su propia racionalidad, que sólo se explica en sus condiciones históricas, en las que no existen muchos de los elementos propios de mentalidades posteriores. Si el presente se traslada inconscientemente al pasado, éste se deforma y pierde su sentido; si el pasado por el contrario se trae al presente para su análisis, no sólo se consigue obtener la profundización en sus realidades, sino que adquiere todo su sentido como parte del presente. Sólo desde los mecanismos intelectuales del presente se puede salvar el presentismo que identifica las sociedades de tiempos diferentes, pero al observarlas como problemas del presente tales sociedades recuperan la vitalidad que poseían como presente. Hoy, el presentismo está condicionado por las expectativas del futuro⁸, lo que permite un análisis del pasado como abanico de expectativas futuras. El presente está más marcado que nunca por las inquietudes ante el futuro, lo que permite percibir las relaciones históricas que en cada caso pudieron existir entre pasado y futuro. Eso permite mirar al mismo tiempo hacia el pasado y hacia el futuro como posibilidad del historiador. De este modo se haría posible percibir los problemas de cada momento histórico como situados en un campo abierto, para analizar así las posibles explicaciones históricas de sus desenlaces.

Los mismos mecanismos operan con respecto a las transformaciones que se producen en la percepción de la realidad cuando lo futuro hipotético se hace presente real, o sea cuando se hace pasado, cuando se hace acontecimiento⁹. La percepción del mundo clásico es, tras la revolución francesa, necesariamente diferente de la que los antiguos podían adquirir. Las condiciones históricas del clasicismo, como época vivida, son difícilmente recuperables desde el preciso momento en que, a partir de

⁸ HARTOG, *Régimes*, p. 216.

⁹ C. ROMANO, *L'événement et le monde*, París, P.U.F., 1998.

que se inicia la crisis del siglo IV, a lo largo del Helenismo y de la Historia romana, los mismos antiguos han transformado aquel período en un acontecimiento modelo, que debe revestirse de las virtudes necesarias para hacerse digno de imitación.

El paso del tiempo, desde el clasicismo, impone un esfuerzo intelectual gigantesco para que el período pueda recuperar su normalidad, para volver a ver un acontecimiento histórico cargado de sentido, pero real, alejado de idealismos y de imágenes idílicas. Toda la tradición que creó la imagen idealizadora del clasicismo ha deformado la realidad. Pero, aún así, la tradición intelectual, los estudios sometidos a cualquier orientación, han permitido crear también las bases para una profundización de la que no podían ser capaces sus protagonistas. La presentificación del clasicismo en cada caso le ha atribuido un nuevo sentido que, más que deformarlo, lo ha revitalizado como parte de las vivencias de los seres humanos en cualquier momento de la historia. Ahora bien, cuanto más profundamente pueda penetrarse en las condiciones históricas gracias a los instrumentos intelectuales creados desde el grado de desarrollo intelectual del presente, más se hace positivo, para ese mismo presente, el conocimiento del pasado, clásico o no. En aquellos momentos era imposible imaginarse cuál iba a ser el destino que cualquier época y, específicamente, el clasicismo iban a tener en el imaginario de la posteridad. Sin embargo, el futuro imprevisible se hizo presente e incluso acontecimiento pasado. El pasado va cobrando nuevos sentidos cuando se desarrolla el futuro y éste se va haciendo pasado ante nuevos futuros que se hacen presentes. Cada presente está por ello en condiciones de revisar todo el pasado. La perspectiva actual no puede prescindir de esos efectos.

En esta perspectiva, el acontecimiento importa como tal, como eje entre el futuro y el pasado. Intentar comprender el acontecimiento consiste en intentar comprender el punto de inflexión por el que lo que no existe se hace pasado real. Intentar comprender la Guerra del Peloponeso es intentar comprender cómo se hacen reales los temores de los atenienses o cómo se hacen reales los aspectos negativos de su propio Imperio que los atenienses no querían creerse. En definitiva, así concebido, el acontecimiento de la Guerra del Peloponeso permite adentrarse en las profundidades del espíritu de la tragedia, lo que quiere decir penetrar en el clasicismo como vitalidad y no como modelo estático, como espíritu que se revela especialmente en la conmoción del acontecimiento representado por la guerra, lo que justifica las afirmaciones de Tucídides de que en la guerra se reveló la verdadera naturaleza humana. El acontecimiento así concebido, como eje del tiempo, permite que se revelen las profundidades de la realidad histórica. El acontecimiento accidental, del que sólo se aprende cuando ha sucedido, revela aspectos fundamentales de la Historia como realidad no previsible¹⁰. El presente del historiador es el punto de encuentro entre la contingencia y la continuidad de pasado y futuro.

Pasado y futuro se articulan en el presente con un lenguaje correoso, superador de estructuras que son en definitiva la creación ideológica de una sociedad que pretende introducir la estática y la no contradicción, como ya hiciera Aristóteles. El acontecimiento se sitúa entre la experiencia y las expectativas de futuro¹¹. El pre-

¹⁰ J. L. GADDIS, *The Landscape*, p. 31.

¹¹ DOSSE, *La marche des idées: histoires des intellectuels, Histoire intellectuelle*, París, Le Découverte, 2003.

sente es el eje del tiempo. El acontecimiento deja de ser una anécdota inestable frente a la estática de las estructuras y de la permanencia de la larga duración, para convertirse en lo que da sentido a las relaciones entre presente y futuro, al tiempo histórico. Ahí se condicionan mutuamente pasado y futuro, como en el pensamiento de Ricoeur¹². De este modo también se convierte en un modo de actuación y diálogo sobre el presente. El presente da sentido al pasado, lo rescata de su condición distante y muerta, lo actualiza en el sentido de que lo revitaliza. Para ello el lenguaje debe huir de la expresión anquilosante y buscar procedimientos dinámicos. Todo es posible precisamente si se percibe el carácter dinámico del lenguaje mismo. Frente a la opinión tradicional del positivismo, el lenguaje no refleja la realidad, sino que la inventa y trata de domesticarla. El estructuralismo en general consolida tal función al atribuirle un carácter científico a la gramática sincrónica. El postmodernismo en cierto modo se ha dejado seducir por esta apariencia y habla de la realidad fragmentada, sólo porque cree que ese lenguaje fragmentado tiene sustento en la realidad. Sin embargo, sólo existe ese instrumento de análisis, por lo que la alternativa se halla en su análisis, no como discurso impositivo, sino como efecto de la historia.

En el estudio del pasado, la profundización en la comprensión del paso del tiempo pasa por comprender esta percepción en cada momento. El dramatismo de los momentos finales de la Guerra del Peloponeso se hará más patente al observador si intenta comprender cómo pasó de posibilidad a realidad la tiranía de los Treinta, cómo fueron vividos los momentos previos por los atenienses de la flota. El acontecimiento mismo será de este modo clave para penetrar en los rasgos específicos de la sociedad ateniense en la época de la guerra. Cuando todo es pasado y se concibe sólo como pasado, el olvido de esta preocupación provoca la visión anquilosada del pasado mismo. Sin embargo, su vitalidad presente se hará más vigorosa si se percibe a fondo la realidad aparentemente banal de que ha habido un momento en que ese pasado no existía. Hoy la democracia ateniense forma parte del patrimonio histórico y cultural; antes de Clístenes no existía. Las condiciones de su existencia son difícilmente comprensibles o perceptibles por los seres que la vivieron, del mismo modo que, en el Antiguo Régimen, era difícilmente comprensible la realidad que se estaba fraguando y que caracterizaría la Europa postrevolucionaria.

Ello significa, en muchos casos, un esfuerzo por convertir la nostalgia en comprensión de los cambios, así como la adaptación a las posibilidades reales en cada caso, como medio de acercarse al equilibrio entre el mantenimiento de la ambición y el reconocimiento de los límites. Se trata de estudiar las posibilidades de lo histórico. La nostalgia no deriva sólo de la idealización de un pasado idílico, sino de la idealización de las propias expectativas de los cambios, de las esperanzas puestas en un futuro cuya realización pudo adoptar formas inesperadas.

En lo personal, la percepción del tiempo histórico se traduce en una forma de adecuación entre lo físico y lo psíquico, entendida como tendencia a aceptar la realidad de lo que puede ocurrir, cada vez con más posibilidades, como efecto del paso del tiempo, el mantenimiento vivo de la conciencia de los límites, en lo temporal y

¹² *Temps et récit*, citado en Dosse, *La marche*, p. 289.

en lo cuantitativo, la renuncia como forma inteligente del hedonismo, la aceptación de que lo que se acabó se acabó. En definitiva, se trata de ser un buen discípulo de Epicuro. La salud mental consiste en saber que no se puede llegar a determinados objetivos con tiempo, que se goza mientras se puede y se deja de gozar de ciertos placeres cuando no se puede, lo que se traduce en goce mayor de otras cosas, como el recuerdo, y en conciencia de que puede llegar cualquier evento que acabe con uno y/u otro goce. Un determinado acontecimiento inesperado puede cambiarlo todo. Entre los posibles históricos está lo inesperado. El objetivo personal estriba en que el final de las cosas no signifique nunca depresión, para lo que es imprescindible mantener vivo el pensamiento crítico sobre uno mismo. Ello es paralelo al mantenimiento del pensamiento crítico sobre el cambio histórico, donde no se trata de ejercer de oráculo del futuro, pero sí de percibir las posibilidades del cambio inesperado. Los factores se sintetizan en las relaciones entre continuidad y contingencia, donde es fundamental tener en cuenta la multiplicidad de variables y su interdependencia¹³. La falta de la conciencia histórica del acontecimiento produce conmociones tan fuertes como las del 11S o la del 11M, como la que se puede sentir ante la inesperada noticia de que se padece una enfermedad incurable o de la muerte repentina de un ser querido. Frente al futuro, lo único que puede hacer el historiador es pensar las posibilidades del cambio, las posibilidades de un futuro multidireccional, lo que también permite en cada caso pensar las posibilidades de futuro para contemplar el momento histórico en su complejidad. Los hechos nuevos como la democracia en América para Tocqueville o la Caída del Muro plantean problemas a los regímenes de historicidad¹⁴, a la percepción general de los cambios en el tiempo. Por eso, en los tiempos presentes, tras las experiencias historicistas y las críticas de la postmodernidad, el cultivo de la memoria histórica y la atención al patrimonio se plantean como elementos del futuro, como intentos de controlarlo. La ansiedad ante el presente plantea la necesidad de hacer histórico el presente, de “vivir momentos históricos”, en busca de la autoconmemoración¹⁵. El cambio presente plantea la necesidad de recomponer la memoria, como hacía Chateaubriand en momentos de profundas transformaciones históricas. La historiografía evoluciona más que ninguna otra actividad intelectual de acuerdo con los cambios de la historia. La preocupación historiográfica de hoy revela la preocupación por hacer presente la historia, la tendencia del presente a historizarse¹⁶. Pero la memoria como espacio del pasado convierte a éste en anécdota, cuando se desintegra el tiempo y el presente pierde su papel de eje entre el pasado y el presente. Entonces se convierte en escenario de la nostalgia. Signo de los tiempos es la tendencia a la identificación entre memoria, patrimonio, historia e identidad. El patrimonio es la representación de un pasado del que no se quiere desvincular el presente¹⁷. El monumento adquiere un nuevo sentido para un nuevo tiempo, lo que ocurre por primera vez en el Renacimiento¹⁸. Lo

¹³ GADDIS, *The Landscape*, p. 56.

¹⁴ HARTOG, *Régimes*, p. 112.

¹⁵ HARTOG, *Régimes*, p. 217.

¹⁶ HARTOG, *Régimes*, p. 157.

¹⁷ HARTOG, *Régimes*, p. 167.

¹⁸ HARTOG, *Régimes*, p. 170.

que articula el pasado como digno de ser comprendido es siempre el presente, sobre todo si se siente responsable ante el futuro, lo que se traduce en definitiva como conciencia social. La cuestión grave consiste, sin embargo, en que esta historización pueda crear una impresión estática del proceso histórico, si se realizan determinadas aspiraciones que pretenden esclerotizar el patrimonio.

La percepción del cambio debe tener un punto de referencia en uno mismo, que también se halla en constante cambio. Por ello, el historiador es un constante analista de sí mismo y de sus transformaciones en relación con el mundo exterior. La conciencia de la subjetividad y de sus relaciones con la totalidad abre las puertas para la percepción de la totalidad histórica, como inalcanzable, pero que se impone como instrumento en la comprensión del mundo exterior. En esa dinámica, el observador puede comprender ese mundo siempre que se enfrente a él consciente de que se integra el pasado y el presente, y de que se busca en él el control del futuro, lo que constituye el ámbito de la cultura como relación dinámica entre las manifestaciones propiamente culturales y los fundamentos materiales en que se forman.

El entendimiento de la cultura como un todo, incluyendo en ella base y superestructura¹⁹, permite alcanzar la unidad entre análisis y disfrute. Si el que disfruta de una ópera romántica percibe su unidad con el mundo del desarrollo del capitalismo en el siglo XIX, puede concebir en consecuencia la ópera como resultado histórico y su disfrute gana en historicidad, como resultado de la conciencia de una realidad cambiante que impide toda nostalgia o deseos de recuperación de tiempos idílicos del pasado. La obra de arte se disfruta así como resultado de su momento histórico. Contrariamente a la ilusión del pasado, de los *good old times*, el sujeto percibe así cómo las transformaciones sociales constituyen precisamente el eje de la vitalidad de la cultura, porque la cultura es ella misma la unidad de todas esas realidades en el tiempo. Hoy, en relación con nuestra realidad social, la cultura es la unidad de esta realidad y los productos directos de la misma, pero también la unidad con otros productos de otras épocas, que así, desde la realidad cambiante de hoy, se percibe como dinamismo cultural, histórico, y repercute en la formación de una concepción histórica de la realidad social de hoy. La percepción contemporánea de la historia de la cultura permite que la complacencia estética sea al mismo tiempo conciencia social de los cambios, porque, junto a la percepción del dinamismo, es posible concebir la unidad de la realidad histórica en que se inscribe el desarrollo histórico de la cultura. Trasladado esto al desarrollo total del conjunto histórico cultural, la cultura concebida como realidad universal de épocas y espacios permite la presencia vital de una concepción actual no finalista, pues se opone radicalmente a toda concepción que asuma el "final de la historia". El hedonismo intelectual que se alcanza en la percepción del cambio actual permite disfrutar del pasado intelectualmente, como realidad compleja, no porque se disfrute de las injusticias sociales, sino porque éstas se perciben en su dinámica y la realidad compleja en que se insertan aparece como movimiento en que la toma de conciencia y la penetración en sus claves pueda revelar la posibilidad de la transformación radical de las realidades que favorecen la injusticia, sobre el apoyo de análisis que no favorecen la utopía encantadora que

¹⁹ G. BUENO, *El mito de la cultura*, Barcelona, Prensas Ibéricas, 1996, p. 171.

lleve al desencanto, sino sobre el análisis duro, que revela descarnadamente la injusticia, como modo de alcanzar la complacencia sólo en la penetración en los aspectos más complejos de esa realidad. La penetración en tal complejidad es la que provoca el placer intelectual al atravesar las apariencias inmediatas que se ofrecen como pantalla de lo que no se quiere ver. La percepción de la complejidad cambiante del pasado permite acercarse a la comprensión de las transformaciones que van consolidando los contenidos correspondientes a una percepción actual de los cambios. Por ello, la actualización de obras del pasado para introducir en ellas los problemas presentes, sirve sólo para deshistorizar la realidad, la pasada y la presente. Presente es sólo el análisis, la realidad ha de comprenderse en el pasado, que ha sido real como tal, aunque su percepción sea inseparable del presente²⁰. El presente es el punto de partida del conocimiento del pasado como parte de la realidad social en su totalidad²¹. Sólo así permanece interesante el pasado. La construcción del tiempo pasado depende en gran parte de la sensibilidad social del historiador. La historia es el objeto de una construcción cuyo lugar no es el tiempo homogéneo y vacío, sino lleno del “ahora”²². Presente es por tanto el placer de saber que todo cambia y que no todo está perdido para siempre. En el presente se percibe el cambio en el pasado y las posibilidades de cambio en el futuro. Que el presente sea inasible, el futuro imprevisible, hace a Chateaubriand pensar que el pasado es incomprensible²³, pero ésa es precisamente la única manera de comprender el pasado, desde la dinámica del presente y la imposibilidad de prever el futuro. El problema se plantea cuando no hay futuro, cuando las perspectivas aparecen cerradas, con la pérdida de dinámica del presente, lo que facilita el cierre sobre sí mismo del tiempo, cuando se plantea que todo se explica en la sincronía.

Muchas veces el problema estriba en averiguar lo que la memoria ha olvidado, no sólo por callarlo, sino por recordarlo como sometido a una “lógica histórica” coherente y comprensible en nuestro tiempo. La historia tiene que rememorar el pasado como acontecimiento pasado, que tuvo lugar en las condiciones del pasado y dentro del ambiente propio del pasado. Recordar el pasado fuera del pasado equivale a perder las posibilidades de comprensión histórica. Ahora bien, ello no es lo mismo que apartarlo de sus virtualidades como instrumento de comprensión del presente, también en sus condiciones históricas. Observar el pasado con la racionalidad de nuestro tiempo lo desvirtúa, dado que lo importante del pasado es la penetración en la racionalidad de cada época. Efectivamente, el problema de la historia, por otro lado, está muchas veces en relegar el pasado al pasado²⁴, en el abuso de la alteridad, del extrañamiento a partir del conocimiento, no sólo por el desconocimiento, como si la historia hubiera cesado por el hecho de plasmarla en la escritura. Cuando se somete el pasado a un análisis estructural, sincrónico, corre el riesgo de quedar anquilosado, sin capacidad para arrojar luz sobre las relaciones del presente con el

²⁰ GADDIS, *The Landscape*, p. 41.

²¹ J. CASAJERO, “Tiempo y tiempos para la Historia Antigua”, *Gerión*, 18, 2000, p. 31.

²² W. BENJAMIN, *Sul concetto di storia*, G. BONOLA, M. BANCHETTI, eds., Turín, Einaudi, 1997, pp. 45-47.

²³ HARTOG, *Régimes*, p. 92.

²⁴ CASULLO, p. 180.

pasado. El olvido del pasado dramático define los rasgos del tiempo actual, de la democracia actual²⁵, como si se hubiera llegado a ella de modo natural, para que la clase dominante no tenga conciencia de que se ha producido contra su voluntad, de que, si hoy la acepta, es porque ha conseguido introducir diferentes formas de manipulación, consistentes precisamente, entre otras cosas, en la eliminación del dramatismo. Efectivamente, los que han protagonizado los aspectos dramáticos no tienen interés para ella. Por el contrario, el hecho que se observa en el pasado debe conservar su dramatismo como acontecimiento en el momento de reflexionar sobre él. No se pueden objetivar las guerras del pasado como si no hubieran sido el escenario de infinitos dramas, como si pertenecieran a un mundo distinto.

Por ello importa el acontecimiento, porque el hecho de serlo revela el cambio, la relación entre el no ser y el ser, lo que provoca las emociones fuertes en el pasado y hace nacer la conciencia de vivir en una determinada época, es decir, la conciencia del tiempo, el límite entre lo que todavía no existía y lo que ya pasó. Sólo puede verse el pasado desde el presente, pero éste no es un lugar privilegiado como centro de observación del pasado, sino que es un tiempo más en la sucesión, que se integra en la sucesión, que contiene pasado y futuro²⁶. No puede servir el presente de punto de referencia para comprender el pasado nada más que en la medida en que el presente es el ámbito en que se han desarrollado formas de pensamiento que pueden permitir la penetración en las relaciones entre los tiempos y precisamente la conciencia de que se vive condicionado por el presente es la que puede permitir la observación desde una perspectiva menos condicionada. Todo parte de la conciencia de la historicidad del yo. Recuperar el pasado dinámico es hacer dinámico el presente. Hartog²⁷ comenta a Agustín para referirse al presente como eje ordenador entre memoria y expectativa. También Odiseo se encuentra en la tensión entre el pasado (la guerra) y el futuro (el retorno). El problema estriba en que en el cristianismo está fijado el fin de los tiempos, mientras que en el paganismo el futuro está abierto. Desde el punto de vista del historiador es mucho más eficaz el planteamiento pagano del tiempo que el propio del cristianismo²⁸.

El problema se manifiesta también en el modo de clausurar el pasado, que puede olvidarse o banalizarse, o asumirse por sus mismos protagonistas, como hace hoy la derecha con la época franquista. La imagen del consenso impide comprender la realidad de los conflictos cuando éstos no estallan en un movimiento armado. Es lo mismo que ocurre con la visión consensual del Imperio romano que ofrece Ando²⁹. El pasado tiende a presentarse como plano para poder concebir un presente plano. Sería mejor saber cuáles eran las bases sociales y económicas del franquismo para poder comprender lo que ha cambiado y lo que no y saber cuáles son las bases sociales y económicas del régimen actual. El cambio que se ha producido para que nada cambie. La situación es parecida a la que tuvo lugar con el feudalismo español; co-

²⁵ CASULLO, p. 182.

²⁶ B. SOUTHGATE, *Postmodernism in History. Fear or Freedom?*, Londres-Nueva York, 2003, p. 13.

²⁷ *Régimes*, pp. 70-71.

²⁸ D. PLÁCIDO, "El tiempo, la ciudad y la historia en la Grecia clásica", *RDTP*, 59, 1, 2004, pp. 157-172.

²⁹ C. ANDO, *Imperial Ideology and Provincial Loyalty in the Roman Empire*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 2000.

mo no se abolió de modo revolucionario, se dedujo que no había existido. El modo de funcionar el presente influye en la concepción y comprensión del pasado. Por ello, sólo la concepción conflictiva del presente permite comprender el pasado en sus contradicciones y sólo esta forma de concebir el pasado permite que la historia contribuya a la comprensión del presente. El pasado se comprende desde el presente siempre que éste se conciba históricamente.

Se trata pues de conservar la vigencia del pasado como pasado, no de volver a vivirlo, sino de analizarlo como algo que sigue presente en nuestra realidad, incluido el mundo antiguo. El análisis es el resultado de la constante actualización de los problemas del pasado, la constante renovación de las experiencias pasadas en las nuevas perspectivas de análisis que nacen de las posibilidades de percepción de nuestro tiempo. Hoy hay nuevas posibilidades de conocer el pasado, pero también nuevos trucos ideados por las clases dominantes actuales para tergiversar el pasado, para hacer funcionar la memoria de un modo o de otro. La comprensión crítica del pasado forma parte de la lucha ideológica del presente, porque esa comprensión permite adoptar una posición crítica con el presente.

La nueva historicidad privilegia el acontecimiento frente al determinismo evolucionista, se muestra radical con las discontinuidades y el tiempo es el hilo conductor, trata de comprender por qué una evolución es imprevisible, busca el lazo entre la flecha del tiempo y su dimensión humana, da espesor al instante y lo articula al devenir. El “estado” instantáneo se define como memoria del pasado y definición de un futuro limitado³⁰. El acontecimiento revela la discontinuidad y, por tanto, el sentido de los cambios, dentro del proceso señalado por el tiempo, donde encaja lo humano que se revela como acontecimiento, no sólo como evolución pautada; más bien, se trata de percibir la imprevisibilidad de la evolución, marcada por el acontecimiento donde está presente el hombre como protagonista. Por eso, el instante cobra una nueva vida, porque en él está la memoria del pasado y se define el futuro, de modo inmediato y limitado. El instante se define en el tiempo y la evolución como sucesión de instantes discontinuos, pero explicables en sus relaciones con el pasado y con el futuro. El problema de la periodización estriba en que hace necesaria la marca de los cortes en el tiempo³¹ que rompen la continuidad. Se trata sin duda de una imposición historiográfica marcada por los intereses del presente. En ese plano se encuentra la imposición de un tiempo cronométrico único³². El acontecimiento permite observar la dinámica frente a la historia inmóvil que llegó a imponerse en la época de la hegemonía de la escuela los *Annales*.

La cuestión estriba en tener en cuenta el tiempo de los posibles, más que el tiempo de la necesidad³³. Así, cuando se analiza un acontecimiento en el tiempo, la localización no explica las cosas necesariamente, pero enseña las posibilidades y, sobre todo, las imposibilidades. No es posible que en el mundo antiguo se encuentren ras-

³⁰ DOSSE, *L'empire des sens. L'humanisation des sciences humaines*, París, Le Découverte, 1997, p. 337.

³¹ CASCAJERO, “Tiempo...”, p. 33.

³² Ante lo que también reacciona J. Fontana, *La historia de los hombres: el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 180-181, en relación con la World History.

³³ DOSSE, *L'empire*, p. 340.

gos propios de otros tiempos, por ejemplo del capitalismo. En definitiva, se trata de hallar la coherencia propia de cada tiempo, que es lo que permite entender, por ejemplo, la democracia antigua. Se trata de averiguar las posibilidades sociales de la ciudad antigua y las actitudes reales ante ellas. La conquista permitía el desarrollo de determinadas formas de explotación. Se produjeron de hecho algunas concretas, que son las que señalan las características propias del tiempo específico de que se trata frente a las de otros momentos, en que se daban las mismas posibilidades, pero también otras. En cada caso se desarrollaron formas específicas. Ello pone límites firmes al método de la comparación entendido como esquematización. No se puede prescindir, por ejemplo, de las diferencias entre las posibilidades propias de las condiciones de la Grecia heroica y las propias del noroeste de la Península Ibérica en los tiempos protohistóricos. Por ello cada tiempo es determinante, históricamente, en los ámbitos de las posibilidades. Que existan ciertos rasgos similares no quiere decir que sea posible deducir la existencia de las mismas instituciones o el desarrollo de las mismas circunstancias históricas. El pasado tiene su sentido en cada caso.

Según Dosse³⁴, la revelación del sentido del pasado se lleva a cabo a partir del trabajo hermenéutico, que como tal es tributario del presente, pero que se encuentra en situación prevalente precisamente como constitutivo del pasado: la labor hermenéutica sólo se puede poner en práctica desde el presente, donde se origina la capacidad interpretativa, pero este presente, como heredero del pasado, es el que permite por ello mismo revelar el sentido del pasado y sólo él permite revelar ese sentido, por su situación prevalente, en el sentido de situarse en el punto culminante de la realización del pasado para el observador, ya que desde él es de donde se llega al presente. Como el presente siempre es nuevo pero es parte del pasado, también el pasado es parte del presente y sólo es concebible como tal, porque desde el presente es desde donde se concibe. El pasado ha existido al margen del presente, pero está caducado y sólo subsiste como parte del presente. Su interés es ser parte del presente. El tiempo se pierde constantemente³⁵, el presente se hace pasado. De este modo, una vez pasado, tiende a perder dramatismo y hasta resultan atractivas las guerras o los momentos catastróficos, o las aventuras como la colonización griega. La concepción del pasado como presente, para evitar su liquidación y su banalización, depende, para ser eficaz, de que el presente no se imponga más que como método, como ámbito en que se desarrolla la hermenéutica. La hermenéutica ha de entenderse como estudio de las relaciones entre historia del mundo e historia de la razón³⁶, de la capacidad racional para comprender el pasado, siempre sometida a las condiciones históricas de la hermenéutica. La cuestión se centra en conocer las condiciones históricas del conocimiento histórico³⁷.

Siempre es necesario por ello tener en cuenta tres tiempos: el estudiado, el que transcurre entre éste y el estudio y el tiempo del estudio³⁸. El testimonio del pasado se

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ JANICAUD, p. 33.

³⁶ P. RICOEUR, *La mémoire, l'histoire, l'oublié*, París, Éditions du Seuil, 2000, p. 373.

³⁷ RICOEUR, *La mémoire*, p. 374.

³⁸ RICOEUR, *La mémoire*, p. 454.

estudia como presente, con las técnicas y métodos del presente, gracias a los logros intelectuales vigentes en el presente, como huella presente del pasado ausente, como signo presente de su causa ausente³⁹. La huella material es presente y sólo provista de una dimensión semiótica que le proporciona el estado actual del conocimiento puede significar el pasado⁴⁰. El olvido se produce como resultado del carácter selectivo del relato, pues, como no se puede recordar todo, no se puede contar todo⁴¹. De aquí surge uno de los peligros de manipulación de la historia, basado en la necesidad de selección y omisión, que vienen a estar determinadas por las mismas condiciones históricas del presente. Más grave es que este hecho venga fomentado por la complicidad colectiva en la voluntad de no saber, de que es “mejor olvidar”. En los momentos dramáticos de los inicios de la Segunda Guerra Mundial y de la mayor expansión del nazismo, el recuerdo y el olvido constituían uno de los problemas que planteaba W. Benjamin en la redacción de su escrito *Sobre el concepto de historia*⁴². Así resultaría que es mejor no profundizar en las causas de la Guerra Civil a través de las condiciones actuales de la hermenéutica, sino concentrarse en el relato anecdótico que los iguala a todos en las “condiciones dramáticas de una guerra fratricida”, porque todos cometieron barbaridades, sin analizar las injusticias sociales que están en el fondo de los actos que fueron el pretexto de la rebelión y que algunos quieren presentar como auténticas causas. El nuevo revisionismo fomentado por la derecha sólo deriva de las condiciones históricas en las que ahora se encuentra la derecha española. Actitudes similares en relación con el presente conducen a reanimar las interpretaciones de la oligarquía que acusaba a la violencia del *dêmos* de los males de la ciudad de Atenas en la Guerra del Peloponeso y en el siglo IV. La situación histórica de la derecha hoy marca la capacidad hermenéutica para interpretar la historia presente tanto como la remota. Una de las armas aparentemente más eficaces consiste precisamente en establecer una batería simple de causas, sin entrar en el complejo entramado de causas que revela el análisis histórico de la realidad, como cuando los neonacionalistas españoles analizan la Guerra de la Independencia para tratar de buscar una visión eterna del patriotismo que ahora habría quedado olvidado por los analistas del presente.

Por ello, sigue Dosse, la historia se realiza en el trabajo del hermeneuta y su objeto es la construcción siempre abierta a través de la escritura del hermeneuta; por ello la actualidad, que siempre es nueva, permite la renovación constante de la interpretación: como el presente es siempre nuevo y en él se realiza la interpretación, la interpretación siempre es nueva. El pasado se renueva constantemente en el presente incesante. Toda la realidad es algo pasado y lo que no ha pasado no existe. En todo el decurso, el eje siempre es el presente, por el que lo irreal se convierte en pasado, de modo que sólo se comprende el pasado en su dinámica.

Más adelante⁴³, continúa Dosse en el sentido de que el historiador se interroga sobre las modalidades de la fabricación y percepción del acontecimiento a través de

³⁹ RICOEUR, *La mémoire*, p. 552.

⁴⁰ RICOEUR, *La mémoire*, p. 560.

⁴¹ RICOEUR, *La mémoire*, p. 579.

⁴² En carta a Adorno recogida por los editores italianos de dicho escrito (W. BENJAMIN, *Sul concetto di storia*, G. BONOLA, M. BANCHETTI, eds., Turín, Einaudi, 1997), p. 12.

⁴³ *L'empire*, p. 347.

su trama textual: el acontecimiento se halla en una trama que se percibe a través de un texto donde se inserta el modo de su realización y, de forma inseparable, el modo de su percepción. Efectivamente, la Guerra del Peloponeso se conoce en el texto en que se inserta el proceso de realización y la percepción posible para sus contemporáneos, lo que debe someterse a la hermenéutica, como resultado intelectual de un presente que está en condiciones de interpretar la guerra gracias a los modos en que ha llegado a insertarse en los esquemas mentales del presente y gracias al proceso por el que se han elaborado esos esquemas mentales, dentro del que también está presente el hecho de que haya existido la Guerra del Peloponeso y de que haya tenido repercusiones historiográficas e ideológicas a lo largo de la historia de la humanidad. Éste fue un acontecimiento grave, que marcó la antigüedad, las concepciones antiguas de las relaciones entre la política y la guerra, a través del hecho y de su percepción en Tucídides, que trascendió su época en Grecia y Roma, hasta el bizantinismo y el renacimiento. Al tiempo, las reacciones frente a la guerra, considerada como un resultado violento de los conflictos humanos, modelan la concepción histórica a lo largo de los tiempos, lo que justifica la modernidad constante de Tucídides, que revela la naturaleza humana, entre otras cosas porque su tema sirvió de escenario a modos específicos de revelación de la naturaleza humana, profundamente históricos. Desde entonces, toda comprensión profunda del pasado pasa por Tucídides. Pero Tucídides pasa constantemente por el presente, porque cada presente es nuevo, es una nueva forma de ver el pasado, porque cada presente es al tiempo un nuevo resultado de ese pasado acumulado a los efectos sucesivos, en el pasado, de ese pasado sometido a la hermenéutica del presente. Por ello fue modelo también de la historiografía positivista de Ranke, concebida a partir de las condiciones históricas en que se desarrolla el capitalismo imperialista del siglo XIX.

Comenta Dosse⁴⁴ cómo existe la solidaridad entre tiempos tanto de las cosas como de los seres humanos, en línea con Agustín y Husserl; así, no se puede prescindir del tiempo vivido para leer el tiempo histórico. Por ello, la hermenéutica cuenta con que el tiempo del que lee ha transcurrido paralelamente al tiempo de la realidad y la realidad pasada sólo puede leerse desde la realidad presente, en el mismo tiempo del que la lee, cuyo tiempo ha transcurrido paralelamente; el tiempo del que lee el pasado es hijo del pasado que quiere leer, como él mismo. La solidaridad del historiador se extiende a todos los tiempos⁴⁵. Aunque no se pueda predecir el futuro, el historiador como lo entendía Cascajero sí se puede solidarizar con los problemas que se intuyen para los habitantes del mundo inmediatamente futuro.

Dosse mismo⁴⁶ defiende el intento de sobrepasar la alternativa entre la valoración de las estructuras o la de los acontecimientos; siempre que el acontecimiento se entienda como acción alrededor de la que se opera la estructuración del tiempo, el acontecimiento, en su discontinuidad, marca la articulación del tiempo. Así, desde las pautas establecidas en el presente por los acontecimientos o por su organización como experiencia cotidiana, se percibiría la estructuración del pasado, donde cada

⁴⁴ *L'empire*, p. 338.

⁴⁵ CASCAJERO, "Tiempo...", *Gerión*, 18, p. 37.

⁴⁶ *L'empire*, p. 349.

acontecimiento se inserta en su propia estructuración, sólo captable si se percibe la inclusión del acontecimiento presente en su estructuración actual. La cuestión parte de la necesidad de organizar la acción en el pragmatismo americano; el pasado no existe en ese caso más que en su relación con el presente. La ventaja derivada es que se llega a la historicización del presente. En el pragmatismo, como heredero de Nietzsche, la significación sólo consiste en su alcance sobre la conducta⁴⁷. La conciencia desempeña un papel activo. El conocimiento del pasado como parte del presente promueve una posición activa hacia el presente. En la fenomenología de Husserl, es la pregunta la que al aproximarse al objeto crea las posibilidades de respuesta, en la dinámica de aproximación del objeto al sujeto, que crea esa dinámica en la pregunta misma⁴⁸. La fenomenología sería la ciencia que investiga el momento entre la pregunta y la respuesta. En la ciencia histórica el conocimiento posible consiste en la relación entre la pregunta y la respuesta, entre el presente y el pasado. La infinita variedad del pasado sólo se percibe desde el dinamismo del sujeto que, en sus condiciones históricas, intenta la aproximación dinámica del pasado.

El tiempo presente sirve como “telescopaje” entre pasado y presente⁴⁹, no sólo como historia contemporánea, sino como historia en que se “realiza” todo el pasado. Pues bien, conocer el presente sirve para comprender el pasado, en su conjunto, no el ayer. Vista así, la historia del tiempo presente es más importante para el pasado remoto que la historia contemporánea. Ésta empieza con Fernando VII o la Revolución Francesa, mientras que la historia del tiempo presente empieza con el hombre.

Janicaud⁵⁰ sigue a Kant al marcar como único modo de medida la sucesión y la simultaneidad. Sólo el acontecimiento marca el tiempo, se señale uno tras otro o por medio de la sincronía, como hacía Tucídides.

El tiempo representa en sí un problema histórico⁵¹. Los tiempos y los ritmos son propios de cada sociedad. El tiempo lineal es el impuesto por la sociedad industrial, según la opinión de Bessin. En cualquier caso, son las alteraciones postmodernas, nacidas por la falta de seguridad del trabajo asalariado, las que abren la posibilidad de comprender otros ritmos temporales. Janicaud también plantea el problema de la continuidad como forma de esquematización de la realidad, frente al que la historia debe promover el concepto de discontinuidad como tiempo del historiador que pretende suponer el de los actores. La realidad se presenta de modo discontinuo.

Para Hartog⁵², el régimen de historicidad moderno podría inscribirse entre 1789 y 1989, donde vive la gran historia que ve el futuro como continuidad y la continuidad como un proceso unitario. Deja de haber modelos dignos de imitarse propios de la his-

⁴⁷ E. LÓPEZ CASTELLÓN, “Estudio preliminar a ‘Verdad y mentira en sentido extramoral’”, en A. MORA-LEJA, ed., *Nietzsche y la “gran política”*. Antídotos y venenos del pensamiento nietzscheano, Universidad Autónoma de Madrid 2001, p. 221.

⁴⁸ F. LEÓN FLORIDO, *Ser y sistema. Una aproximación al pensamiento de Juan Blanco*, Madrid, La Tarde, 2003, p. 256.

⁴⁹ DOSSE, *L’empire*, p. 379.

⁵⁰ JANICAUD, p. 23.

⁵¹ M. BESSIN, “Les paradigmes de la synchronisation: le cas des calendriers biographiques”, *Information sur les sciences sociales*, 36, 1997 (*Temps, culture et société*), pp. 15-39.

⁵² *Régimes*, p. 116.

toria magistra, como los que aparecen en el renacimiento italiano, donde se trataba de la restauración de Roma en el presente. Ahora no se busca el modelo en el pasado. La historia no se repite sino que avanza. El futuro proyectado sirve para dar sentido al pasado. En realidad se impone el presente, como inminencia, para transformarse en el único criterio de historicidad⁵³. A la modernidad la acompaña el sentido de la historia como progreso, contra el que se moviliza la reacción de mayo del 68. Se impone el presentismo. En los media el acontecimiento actual se presenta como pasado⁵⁴, para poder formar parte de la memoria del hombre de hoy, dado que cualquier noticia se califica como “histórica”, lo que en general significa digna de ser archivada. El acontecimiento ya es pasado y el pasado explica como presente, con lo cual se conjura el futuro que se teme y se arroja el tiempo fuera de la historia⁵⁵. Para esta visión, el tiempo no marcha. A partir de 1980 comienza a abandonarse esta idea, relacionada con la idea de progreso⁵⁶. El presente se hace categoría preponderante con la imprevisibilidad del futuro. La historia se hace retrospectiva y nostálgica. El historiador debe intentar contemplar el pasado en sus propios términos, para luego analizar desde su propia perspectiva histórica⁵⁷, para que el presente no se convierta en el punto de referencia para juzgar el pasado, pero sí en el punto partida intelectual para comprender las posibilidades de la realidad histórica pasada, liberada de los determinismos derivados de una concepción estática de cada momento, concebido como una entidad cerrada. Ningún suceso ni circunstancia fue inevitable, sino que se movía en un contexto tan dinámico como el presente. Sólo es inevitable cuando ha sucedido⁵⁸.

Lo que interesa de las sociedades antiguas es la percepción de su dinámica. La pura descripción es un aumento banal del conocimiento. No parece más positivo lo que “es seguro”, pues esto sirve para apuntar datos. Otra cosa es que para cualquier interpretación se busque el mayor apoyo en la realidad, pero ese apoyo adquiere valor aunque el dato sea discutible desde el momento en que permite la coherencia de la interpretación, a pesar de que la interpretación sea dinámica. Precisamente por ser dinámica tiene que apoyarse en datos históricos, es decir, que están sometidos ellos mismos a la dinámica del tiempo y de los conflictos sociales y, por eso, también a manipulaciones en el transcurrir histórico en el que la fuente se elabora y reelabora. De ahí la falacia de la objetividad positivista.

La ignorancia de la distancia social entre el lector y el autor [o las realidades históricas estudiadas] lleva a la banalización⁵⁹. La banalización intenta hacer soportable lo insoportable, a base de hacer el pasado anecdótico, mientras que la actualización reactivadora, dentro de la comprensión de la distancia, permite la crítica y, al mismo tiempo, la percepción del presente con ojos críticos, históricos, como analizable históricamente. Esto sería lo contrario del comentario académico eternizante⁶⁰, que, al des-

⁵³ HARTOG, *Régimes*, p. 121.

⁵⁴ HARTOG, *Régimes*, p. 127.

⁵⁵ HARTOG, *Régimes*, p. 151.

⁵⁶ HARTOG, *Régimes*, p. 152-3.

⁵⁷ GADDIS, *The Landscape*, p. 140.

⁵⁸ GADDIS, *The Landscape*, p. 141.

⁵⁹ P. BOURDIEU, *Méditations pascaliennes*, París, Seuil, 1997, p. 103.

⁶⁰ BOURDIEU, p. 103.

pojar al hecho de su realidad social, permite crear la sensación de que todo es igual, por naturaleza, sin posibilidades de cambio. La amnesia de la génesis disimula la violencia de la ley⁶¹, al atribuirle carácter natural. La historia como historia de los orígenes permite comprender los conflictos en que se originan las instituciones, las prácticas, las creencias. Por ello⁶², presentificar, en el sentido de darle interés actual, es des-presentificar, en el sentido de mostrar su no actualidad, “hacer el tiempo”, temporalizar. La historia mítica permite creer que el hombre de hoy ha realizado las acciones de sus antepasados: “nosotros” hicimos, dominamos, fuimos oprimidos⁶³. El tiempo sólo se muestra en el cambio⁶⁴. El estudio de la historia es el tiempo, es decir el cambio, siempre el cambio producido en relación con el presente, o el presente como producto del cambio. El análisis histórico libera así de la idea de que las opresiones pasadas son imposibles de evitar⁶⁵, pero también enseña que tal liberación es el producto del esfuerzo humano, lo que hace que la historia se convierta en un estudio que tiene como objeto el futuro. El cambio implica el no retorno. Por ello el pasado sólo es recuperable como tal y todo será real sobre ese pasado. La realidad es en gran parte real porque va colocada después de otra realidad. Por eso la cronología es en sí explicativa. Hoy va después de todo el pasado, por ello el pasado importa hoy; no para repetirlo o evitar su repetición, sino para explicarlo: el pasado en su sucesión temporal, incluido el presente. El presente explica el pasado porque en él encuentra su lógica. Ello permite comprender la lógica del presente. Desde luego, se trata de una posibilidad que derivaría del esfuerzo de análisis del pasado, del presente y de las relaciones entre ambos. Existe una fuerte censura contra ello. La unidad del tiempo se refiere al pasado como pasado y al presente dinámico. El futuro sólo existe según va dejando de serlo para hacerse pasado. El pasado es irreversible, pero cabe una reversibilidad mínima no simétrica, basada en la sucesión cíclica del tiempo físico⁶⁶. El pasado es pasado y, mientras que los análisis del mismo han de tener en cuenta su irreversibilidad, los proyectos de futuro deben tener en cuenta las experiencias pasadas, pero nunca la posibilidad de retorno. El tiempo físico y las fiestas estacionales permiten la ficción del retorno. Es la misma ficción que permite la previsión mínima del día siguiente. Es probable que el futuro inmediato exista y sea de tal manera que se desprenda lógicamente del presente, sólo porque la experiencia pasada crea una hipótesis probable, no porque sea seguro. Por ello, en el presente, el hombre siempre se halla en la inestabilidad absoluta, sea o no consciente de ello. La duración puede tener un aspecto objetivo en los relojes y otro subjetivo en la propia percepción personal, pero en la sucesión no hay aspectos diferentes, lo mismo que en la sincronía, una vez demostrada. El pasado no es presente pero está presente.

El tiempo se percibe por el cambio y por las relaciones entre anterior y posterior. La realidad no admite la no contradicción eleática⁶⁷.

⁶¹ *Idem*, p. 114.

⁶² *Idem*, p. 247.

⁶³ HARTOG, *Régimes*, p. 44.

⁶⁴ JANICAUD, p. 41.

⁶⁵ GADDIS, *The Landscape*, p. 147.

⁶⁶ JANICAUD, p. 48.

⁶⁷ JANICAUD, p. 58.